

HOMILIA EN EL FUNERAL DE MARUJA MORAGAS

Tanatorio de Sant Gervasi - 30 abril de 2013

1. El Evangelio que acabamos de proclamar fue elegido por Maruja, poco antes de dejarnos. Eso indica que gustaba considerar las palabras y la promesa del Señor contenido en este texto: “en la casa de mi Padre hay muchas estancias (...) volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy estéis también vosotros”. No es frecuente que en el trance de la muerte alguien elija el texto a leer en su entierro. Da una idea de la serenidad y entereza con que Maruja afrontó este momento decisivo de su existencia. No tenía miedo a la muerte. “¡Qué bien estaré!”, afirmaba. Tenía razón porque estar en el cielo es estar con Cristo.

2. Muchos hemos sido testigos de esta serenidad y entereza, desde que el pasado mes de octubre se diagnosticara la enfermedad que en apenas seis meses ha destruido su cuerpo. Recuerdo todavía cuando me lo comunicó a la salida de la Misa de la mañana en el Oratorio del IESE a la que acostumbraba asistir: “Mossèn: me han dicho que tengo cáncer, pero yo estoy bien”. Con esta serenidad y hasta con alegría le seguí viendo en las semanas siguientes y, tiempo después, también en las ocasiones en las que acudí a la casa de su madre, donde se alojaba, para administrarle la comunión –hizo todo lo posible para recibir la Eucaristía a diario. También el día antes de partir a la Casa del Padre, cuando el administré la Unción de Enfermos rodeada de toda la familia que la acompañó en este momento por expreso deseo suyo. Ella misma me lo solicitó a través de un escueto correo electrónico. Fue un acto emotivo y expresivo de su testimonio cristiano. Nos conmovió y, a la vez, nos edificó en gran manera.

3. La primera lectura que hemos leído también se relaciona con Maruja. Mi fijaré en estas palabras que nos transmite el Apóstol: “si nuestra existencia está unida a él [a Cristo] en una muerte como la suya, lo estará también en una resurrección como la suya”. Morir con Cristo, no con rebeldía o de mala gana, sino con alegría, optimismo y esperanza: así fue la vida de Maruja, al menos desde que descubrió el sentido profundo de su vida cristiana y la importancia de unirse a la voluntad de Dios. Un sentido que dio alas a su vivir y conciencia de que tenía una misión en la tierra. En este descubrimiento tuvo mucho

que ver la atención espiritual que recibió en momentos muy dolorosos de su vida familiar y, sobre todo, y su posterior incorporación al Opus Dei. Supo ofrecer con alegría las penas que la vida ordinaria trae consigo y, al final, también los muchos dolores asociados a una enfermedad cruel. Dolores que ofrecía siempre por intenciones apostólicas entre las que entraban sus hijos y toda la familia, sus amigas, que lo eran de verdad, el Papa, el Prelado de la Obra y, en fin, las necesidades de la Iglesia y del mundo entero.

4. Fue siempre fiel a su compromiso matrimonial contraído delante de Dios, y así lo enseñó a otras mujeres que habían pasado por un trance parecido al suyo. Llegó incluso a formar un grupo llamado REDES para apoyo mutuo para vivir la fidelidad matrimonial y los deberes maternos en situaciones difíciles. Desde el cielo seguirá pidiendo por la continuidad y expansión de este grupo todavía incipiente, pero en crecimiento. Le oí decir, que esta iniciativa informal no era sólo una cuestión de soporte y amistad, sino de ayudar a mujeres separadas a que tomaran conciencia de que cuentan con Dios y con la gracia de los sacramentos, incluido el del matrimonio, para ser fieles al compromiso contraído y para sacar adelante a sus hijos.

5. Maruja fue una persona con una permanente voluntad de servir y de tener puentes ante malentendidos y desuniones. Se desvivió por todos, empezado por sus hijos Joan, Xavier e Ignasi y siguiendo con los amigos de los hijos, algunos de los cuales, como Marc y Franz, llegaron a ser como hijos propios. La estimación y servicio a la familia, en su momento, se extendió a las nueras. Estuvo muy unida a sus hermanos Montse, Emili, Pep, Gloria y Xavi. Quiso también mucho a su padre Emili, que en paz descanse, y a su madre Maruja. Sus hijos recuerdan, y recordarán siempre, la entrega de su madre a los demás, su espíritu de sacrificio, su amor al trabajo, su espíritu emprendedor, su continuo afán de superación, su coherencia y firmeza y, por supuesto, su amor a Dios. Les enseñó a valorar el matrimonio, animándoles a formar familias cristianas y a poner a Dios y a la Santísima Virgen en el centro de su hogar.

6. En el IESE, dónde trabajaba desde 2004, será recordada como una gran persona y excelente profesional. Era licenciada en filosofía y letras y doctora por la Universitat Internacional de Catalunya. Su pasión eran las personas y conocer, cada vez más a fondo la verdad

del hombre, y a ello enfocaba su docencia y sus investigaciones. El Director General del IESE al comunicarnos el fallecimiento afirmaba de Maruja: “De su trabajo en el IESE recordaremos su gran dedicación y espíritu de servicio, su competencia profesional, su discreción, su preocupación por las personas y su actitud positiva y constructiva que ha mostrado siempre.” Hacía pocos días que el Rector de la Universidad de Navarra había aprobado su nombramiento como Profesora Asociada del Departamento de Dirección de personas del IESE. Durante estos nueve años realizó una gran actividad, primero enseñando español a alumnos extranjeros y después impartiendo diversos cursos en el programa MBA y otros programas para directivos. Fue colaboradora infatigable de la Profesora Nuria Chinchilla en *International Center for Work and Family*, participando en numerosas conferencias y congresos. Con ella escribió el exitoso libro “Dueños de nuestro destino”, así como diversos artículos de opinión en *La Vanguardia* y otros medios de comunicación.

6. Maruja tenía mucha fe, firme esperanza y una gran visión sobrenatural. Actuaba con prudencia, pidiendo consejo tantas veces como hiciera falta. Después decidía con responsabilidad personal y llevaba a cabo sus resoluciones con perseverancia y firmeza. Su magnanimidad le hacía incansable en hacer el bien; quería contribuir a cambiar el mundo, o al menos a hacerlo un poco mejor y, para ello, pensaba que las mujeres son la clave. Y a ellas dedicó sus mejores esfuerzos.

7. Sacaba sus fuerzas de una profunda vida espiritual, vivida con humildad y sencillez, pero con naturalidad, sin rarezas. Era una persona rezadora, atenta a escuchar la voz de este Maestro interior, que es el Espíritu Santo, a quien tenía gran devoción. Ahora estará con Él y con el Hijo y con el Padre. Y, junto a la Trinidad Beatísima, estará con la Santísima Virgen, a quien tanto quería. Que así sea.

Mn Domènec Melé